

»Mas no será pequeña fortaleza
Quedar aquí sirviéndonos como escudo,
Y dar lugar á vuestra ligereza,
Hechos senuelo al enemigo crudo.
Bien se que juzgaran por extrañeza
Esta resolución, yo no lo dudo,
Y mas los que tuvieron á sus lados
Sus mujeres y hijos tan amados.
»Oh, amigos! ¡Cuánto yerra el seso humano
Si la razón no vence las pasiones!
¿De qué sirve consuelo tan liviano
En tan extremas y arduas ocasiones,
Para hacer el otro campo ufano
Con vuestras muertes, armas y pendones,
Y el rico saco, siendo en poder nuestro
Llevar la mejor parte al del rey nuestro?

»Sus! presto, ¡qué tardáis! El tiempo vuela,
Y cumple la partida ser tan presta?
Que quien por acertar mas se desvela
Debe la ejecución dar por respuesta.
Tal era de aquel moro la cautela,
Que, no solo una empresa tan molesta,
Mas ser la noche dia persuadiera,
Frio el planeta de la cuarta estera.

Y así, fué remitido á su albedrio
El recio disponer de aquel efeto,
Como si todo el bárbaro gentio
Fuera á su voluntad sola sujeto;
No bastará á explicar el verso mio
El dorado examen y el aprieto
Que en bajo son allí se celebraba
Y los pechos mas duros ablandaba.

El mismo que fué autor de la partida
Era árbitro y juez del nombramiento,
Y su sentencia al punto obedecida,
Sin réplica ni algun impedimento,
Bien que la rigurosa despedida,
El aspero y profundo sentimiento,
Causaba un sollozar triste y penoso,
Mas que la propia muerte trabajoso.

Nueva suerte de mal, extremo horrible,
Mortal conflicto, ajeno de consuelo,
Nunca se vió tragedia mas terrible
En cuanto abraza el miserable suelo;
Materia de clamores insufrible,
De quejas, de temores, de recelo,
Y que el gemir y sospirar se niegue,
No hay tormento que allí en el mundo llegue.

Ya la transmigración se efectuaba
De aquellos, de su Dios desamparados,
A quien de un yerro en otro transportaba
La grave enfermedad de sus pecados;
Mas algunos que el brazo aseguraba
Mas que los piés ligeros y alentados,
Quedaron sobre el fuerte diamantino,
Contra la opinión del Haladino.

Los demás á lo llano decendieron
Por la fragosidad de una ladera,
Tan yerta, que aun los mismos que lo vieron
Dudaron si pasó desta manera.
Nuestros jinetes solo los sintieron,
Y apresurando al punto la carrera,
Mas que la ciega noche permitia,
Hicieron una honrosa correria.

Los moros, aunque en arma resistieron
Con grande obstinacion, á hierro puro
Los mas dellos las almas despidieron,
Batiendo ansiosamente el suelo duro;
Otros de la huida se valieron
Con la oportunidad del aire oscuro;
Los nuestros se recogen á la hora
A esperar la venida de la aurora.

La cual salió después de los celosos
Y antiguos brazos del marido anciano,
Presentando á los ojos codiciosos
Con su luz un objeto frio y cano;
Los miembros encogidos perezosos,
Del hielo y del reposo toledano,
Al resplandor de la primer vislumbre
Sacudieron de sí la pesadumbre.

Roto el silencio largo y el sosiego,
A un tiempo con mormollo y con bullicio,
El canto ronco hizo seña luego
De que se haga á Marte sacrificio.
Los sitiados se aprestan para el ciego
Y bravo asalto con siniestro auspicio,
Fabricando de su desconfianza
Mas determinacion y mas venganza.

Unos desde reparos y trincheas
Disparan sin cesar tiros nocivos,
Que obligan á beber aguas leteas
A muchos cuerpos de animos altivos;
Otros aplican mañas uliseas
A fuerzas de gigante, y los esquivos,
Y firmes riscos hacen ser mudables,
Cuyos impetus son irreparables.

El furor crece y el rumor se escucha:
Mueren cristianos, mueren sarracinos;
La sierra es agra, la distancia es mucha,
Varios los trances, varios los destinos.
Tantas horas duró la horrenda lucha,
Que ya el gran huésped de los doce sinos
Bajar queria del meridiano
Volviendo con su carro al Océano.

No me atrevo á explicar uno por uno
Los clamores causados de aquel dia,
Aunque para dolor tan importuno
Prolija relacion se requiera;
Solo de ti no quiero en tiempo alguno
¡Oh ejemplo de la gala y policia!
Callar como saliste mal herido,
Habiendo tu valor bien preferido.

A ti, buen don Jerónimo, á ti digo,
El de Padilla, cuya fortaleza
Hizo de sí al ejército testigo,
Y á todo el orbe parte tu largueza;
Dichoso tú, pues que vivió contigo
El orgullo, el valor, la realeza,
Y muerte puso término á tus dias
En brazos de quien mas que á ti querias.

Que después de acabar esta jornada
El fin debido á tu firmeza y pena,
Te dió como vitoria señalada,
La belleza sin par de Magdalena,
Y tu alma, en su fe galardonada,
Partió ufana del cuerpo y su cadena,
Habiendo conquistado en buena guerra
Todo el bien que mas quiso acá en la tierra.

Los cuatro capitanes señalados
Que juntos con el fuerte amanecieron,
Después que entre pelstigos declarados
El lugar y la honra sostuvieron,
Les fueron acudiendo los soldados,
Que mas aliento y ánimo tuvieron;
Y así, de las contiendas apartadas,
Se vino estrechamente á las espadas.

Allí el de Argote en la su illustre cara,
Que esta modestia en paz siempre mostrando,
De intrépido valor da prueba clara,
Heróicamente á muchos animando;
Diestro moro es aquel que se repara
De los golpes que tira redoblando,
Y aun mas de cuatro ruedan por el monte
Que su mano despacha al Aqueronte.

El inclito don Pedro de Acevedo
Con un tropel de moros se tenía,
Cubierto de su escudo, aunque el dennedo
De muro inexpugnabile te servia;
En los contrarios pechos causa miedo
Su determinacion y gallardia,
Y el ver su estoque fino y acerado
De mucha roja sangre matizado.

Don Francisco, aquel jóven producido
Para ornamento de su patrio suelo,
Hizo este dia injurias al olvido,
Acreditando mas su fama y celo.
¡Oh sol por la mañana escurecido
Con grave eclipsi de funebre velo!
¿Quién pasará callando tus loores,
Oh el mancebo mejor de los mejores?

La sangre, hecha arroyos, baña el suelo;
Los cuerpos miserables lo cubrian;
Rompe el aire el clamor, y hierre el cielo
El gemir de los tristes que morian.
Visto por el Marqués el grave duelo
De aquel linaje, y que bastar podian
Por ejemplar castigo los ya muertos,
Moderó con blandura los conciertos.

CANTO V.

Su majestad determina enviar á Granada al señor don Juan; trátese del nacimiento y crianza deste príncipe. Sale Alvaro Flores con una espía á prender al reyezuelo, y lleva mil hombres en su compañía.

Como el benigno y apacible cielo
Con su templanza y buenos temporales
Sazona el aire y enriquece el suelo,
Y alivia en su destierro á los mortales;
Así el rey justo es paz, gloria y consuelo
De sus vasallos firmes y leales,
Siéndoles norte claro que los guía
A la felicidad y policia.

Que las virtudes son ministras puras
Del bien que á todo el pueblo mas conviene,
Y la comunidad á penas duras
En concordia y justicia se mantiene;
Porque es su confeccion de mil mixturas,
De donde á cada paso le proviene
Revolucion, discordia, injuria, aprieto,
Como á quien de contrarios es sujeto.

Y así, el rey bueno es único instrumento
Que lo menos y mas juzga y modera,
Como sol de la tierra, á cuyo aliento
La rectitud se cria y persevera;
Mas si el del cielo sigue el movimiento
De otra mas alta y encubrada esfera,
No menos, sino mas, debe el terrestre
Dejar que al buen camino Dios le adiestre.

De suerte que es el reino venturoso,
Y Dios inmenso del no alza la mano,
Si el príncipe prudente y religioso
Obedece el decreto soberano.
¡Oh tres y cuatro y mas veces dichoso,
Católico invencible reino hispano,
Pues dignamente puedes gloriarte
De un rey cual tú pudieras desear!

Estaba pues Europa entre rumores
Sospechosa, alterada y conmovida;
Africa atenta para dar favores
Al tirano que á voces la apellida;
Asia conoce estímulos mayores,
Y con ellos la saña envejecida
A rienda suelta va tras la esperanza
Que tiene de hacer cierta venganza.

El inclito monarca nuestro, viendo
Los ocurrentes casos desusados,
Sus graves pensamientos confiriendo,
Hallaba un mar profundo de cuidados;
Ya hacia el polo frio discurriendo,
De Flandes contemplaba los estados,
Ya en levante, poniente y mediodia
Las guerras y conquistas que tenia.

Mas, aunque el grande peso que sostiene
Es de momento y de fatiga extraña,
Ninguna novedad le sobreviene
Mayor que la servil guerra de España;
Y así, para el remedio que conviene
Poner con tiempo á sedicion tamaña,
Antes de consultar medios del suelo,
Así consulta y habla á Dios del cielo:

«Oh soberano Rey, que en las alturas
Comunicas tu bienaventuranza
Porque gocen de tí las almas puras
En siglos infinitos de holganza!
¿Hasta cuándo, Señor, las sectas duras,
Olvidando el castigo en la tardanza,
Seguras pensarán que su malicia
No ofende ni provoca tu justicia?»

No el rigor capital desta batalla
Al mundo te quito violentamente,
Ni el de otras que con la áspera canalla
Tuviste por el mismo consiguiente;
Mas Atropos cruel, que la muralla
Rompe de juventud con accidente,
Se opuso, poderosa en nuestros daños,
A la esperanza de tus verdes años.

Lloró tu acerbo fin el cristalino
Y sacro Bétis con profunda vena,
Y lloraron las damas tu destino,
Sin encubrir la causa de su pena;
Lloró en la ciudad cada vecino,
Por ser á cada cual tu vida buena;
El senado y las casas teologales,
Las cárceles, las viudas y hospitales.

Mas, tornando á tratar del gran conflicto,
Nunca se vió guerrero mas lucido
Que otro que allí traia bien escrito
En la persona su valor crecido;
Robusto era su talle y exquisito,
Rojo como unas ascuas su vestido;
Rodela fuerte lleva y ancha espada,
Alto penacho blanco en la celada.

En este traje insigne y belicoso
Se aventajaba allí Cosme de Armenta;
Tanto, que su caudillo generoso
La vista tuvo en el gran pieza atenta,
Y confesó que estaba receloso
De que no se perdiere en tal afrenta,
(Dijo, sin conocerle) aquel soldado
En obras y vestido señalado.

¿Qué mas diré, sino que la obstinada
Morisma fué en batalla tan renida
Del bando filipino quebrantada,
Y al último trabajo reducida?
Ya la soberbia en tierra derribada
A merced se entregaba de la vida;
Solo el perverso viejo Haladino
Atrozmente su fin allí previno.

Con rabioso despecho y mas presteza
De aquella que concede el ancianismo,
Se fué á precipitar desde la alteza
Mas levantada al mas profundo abismo,
Teniendo por esfuerzo y fortaleza
Ser el hombre homicida de sí mismo,
Siendo, como es, la mas vil cobardia
De cuantas un infame pecho cria.

Ganado el sitio fuerte, que no fuera
Entrado en muchos dias por ventura,
Si parte de la gente no se hubiera
Salido del con la tiniebla oscura,
Mandó el Marqués que no se recibiera
A vida alguna humana hurtura,
¡Oh guerra, á cuánto llega tu violencia,
Pues niegas á rendidos la clemencia!

Mas, como tu derecho se mantiene
Con armas, con rigor, sangre y engaño,
Tal ocasion se ofrece, que conviene
Usar de crueldad por menor daño;
Aunque el Marqués aqui otras causas tiene
Que justifican mas furor tamaño,
Venganza justa y culpas de enemigos,
Provocadoras de ásperos castigos.

Ya el destroz sangriento comenzaba,
Y entre los golpes fieros atrevidos
Del hierro, un son funesto se escuchaba
Que causaba los últimos gemidos;
La justicia severa se mostraba,
Cerrando á los clamores los oídos,
El semblante feroz, el brazo fuerte,
Hecha ministro de la amarga muerte.

No perdona á los niños inocentes
No al flaco sexo, no á la edad crecida;
Ved qué hará á robustos y valientes,
Por quien la piedad menos convida;
Solo pudo entre tales accidentes
Alguna hermosura esclarecida
La furia refrenar: tal fortaleza
Tiene entre los mortales la belleza.

»Y hasta cuando, di, Redentor mio,
Por culpas de los tuyos concediste
A los extraños el lugar natio
Y patria venturosa que tuviste?
Los cuales el licor del santo rio
Donde el bautismo sacro estableciste
Con las gargantas impías siempre beben
Sin el acatamiento que le deben.

»Tambien las tierras en que tú solias
Andar sembrando celestial doctrina
Sujetas vemos hoy á tiranias
Cuyo rigor un punto no declina;
Y el glorioso sepulcro que tres dias
La humanidad santísima divina
Tuvo dentro de sí, se incluye agora
En el vano poder que no te adora.

»Secretos tuyos son y providencia
Que con tu voluntad está sellada,
En quien lo porvenir de cierta ciencia
Se ve pasado ya en cosa juzgada;
Mas bien confío yo que tu clemencia
No debe de tener desamparada
Esta arca de Noé, que se defiende
Por tuya en el diluvio que la ofende.

»Por tí tus siervos, y ascendientes míos,
Han humillado las soberbias gentes,
Y refutado con preceptos pios
Ritos y ceremonias insolentes;
Por tí tengo en el mundo señorios,
Y á tí quiero tenellos obedientes;
Oye pues mi oracion, Rey de la vida,
Y ajusta mi gobierno á tu medida.»

La devocion y fe del rey cristiano,
Eficazmente el cielo penetrando,
Halló en el consistorio soberano
La gracia y el favor que iba buscando.
Tenia nuestro rey un solo hermano
Que al nacer tuvo firme de su bando
El mas benigno aspecto de planetas,
Y con las impresiones mas perfectas.

Porque el mismo felice y santo dia
Que á su padre en la vida fué el primero,
Le hizo semejante luz y guia
Como próspero anuncio y alto agüero;
Quiso el sagrado apóstol san Matia
Sernos patron propicio verdadero,
Pidiendo á Dios que por natal les diese
Su fiesta, y así quiso Dios que fuese.

Así lo quiso, y fué tambien servido
De dar á don Juan de Austria (que tal era
Del principe fatal el apellido)
Los mayores aplausos de la esfera:
Gallarda agilidad, claro sentido,
Hermosa proporcion, hieldad severa,
Ser á todos amable y apacible,
Humilde en paz, en armas invencible.

Tal, en fin, le crió, tal le compuso,
Cual convenia al alto ministerio
De quien ceñir tenia sin abuso
La justa espada del cristiano imperio;
Y así, al fraterno corazon dispuso
Con la contemplacion de aquel misterio,
A que el arduo negocio le encargase,
Y de sus buenas partes lo fiasse.

Habia en la real alma concebido
Crédito singular del mozo hermano;
Mas ¿quién no le tuviera, habiendo sido
De su valor el fruto así temprano?
¡Oh humilde Leganés, pueblo escondido!
Ya no rústico, pobre ni aldeano
Te llamarán las gentes, pues fortuna
De otro nuevo Jason te hizo cuna.

Allí de su niñez la mayor parte
Disfrazado pasó en humildes paños,
Bien como cuando el que la luz reparte
Guardó de Admeto un tiempo los rebaños,
Suele en algunos principes el arte
Encubrir sus defectos con engaños,
Y por obligacion hacer que quieran
Aquello que sin ella no quisieran.

Mas este infante, sin saber quién era
Ni vivir atenido al cumplimiento,
Ni edad tener aun de que pudiera
Guarnecer su divino entendimiento,
Hizo prueba de sí tan verdadera,
Que solo con la fuerza del talento
Mostró, desconocido y en pobreza,
Cuanto se requería á su grandeza.

Limpio, modesto, grave, comedido,
Tratable, vergonzoso fué y sincero,
Obediente á un presbítero escogido,
A quien sirvió este grande caballero;
Mas nunca fué con él nadie atrevido,
Que no se lo pagase por entero;
Y así, tambien usó después decillo:
«Agravio, ni hacello ni sufrillo.»

Así entretuvo el cesarino Aquiles,
Sin mudar condicion, vida ni estado,
Algunos de los años pueriles,
Pobre, desconocido y estimado,
Aunque de aquellos hombres pastoriles
No sin admiracion era notado;
Tanto, que le decian sin recelo:
«Tú eres hijo de rey, ó ángel del cielo.»

Cuando ya se acercó la adolescencia,
Fué entregado al prudente Luis Quijada,
Caballero que en armas y prudencia
Tenia su intencion muy bien probada;
Este lo gobernó con mas decencia,
Haciéndole cubrir, ceñirse espada,
Mas por manera de galanteria,
Que no porque su edad lo requería.

Mas fué tan puntual en su decoro,
Que, estando cierto dia en una fiesta,
Un denodado y poderoso toro
De cuerpo grande y de cerviz enhiesta,
Embistió su tablado, y con sonoro
Estruendo cae; la gente huye presta;
El se defiende con la espada aguda,
Y es la primera vez que la desnuda.

La gente que lo ve, de pavor llena,
Espera con temor el fin dudoso;
Las damas hacen muestras de gran pena
Por el peligro del zagal hermoso;
Mas el fiero animal el paso enfrena,
Escarba con los pies, y el polvoroso
Suelo en el aire mezcla, y la cabeza
Levanta apriesa, baja y endereza.

Cruda bestia, deten, deten la saña;
No cubras con la odiosa arremetida
De triste luto la nacion de España,
Que por este ha de ser engrandecida;
Para tu fuerza horrible no es hazaña
Quitar al mundo su importante vida,
Y así redundara del atroz hecho
A muchos daño, á tí ningun provecho.

Mira que esa hermosa y tierna rama
Del gran tronco de Carlos se deriva,
Y dará nuevas lenguas á la fama
Si á la gallarda juventud arriba;
Déjalo siga el hado que lo llama,
Que muy justa razon será que viva
Quien ha de ser un muro diamantino
De la gente que adora al Uno y Trino.

Mas nunca bordarás aunque arremetas
Con su sangre real tus duros cuernos;
Que orden del cielo y fuerza de planetas
Defenderán de tí sus años tiernos;
Y antes historiadores y poetas
Harán sus claros hechos sempiternos,
Que Atropos corte de su vida el hilo,
Aunque mas apresure el cruel filo.

Como escapase pues de aquella afrenta
Salvo, cual su valor lo merecía,
Fuése haciendo de él siempre mas cuenta,
Hasta que ya de Carlo el alma pia,
Librándose del mundo y su tormenta,
Al puerto y religion se recogía,
Que á todos mostró y dijo al descubierta
Cómo era el buen don Juan su hijo cierto.

Es caso que no tiene semejante
Ver que tanto mudar de estado y suerte
No hiciese mudanza en su semblante
Ni impresion nueva en aquel pecho fuerte;
El mismo proceder tuvo adelante,
Habló y anduvo de la misma suerte;
No como otros, que á menos ocasiones,
En el mudarse son camaleones.

Creció en edad, creciendo juntamente
En gracia de su bueno y caro hermano,
El cual del vellocino prefulgente
La insignia le echó al cuello soberano,
Diciéndole: «Estimad este presente,
No tanto por ser dado de mi mano,
Cuanto será razon que os honre y cuadro
Porque ya fué de vuestro angusto padre.

Dióle tambien de general supremo
El titulo en el reino de Neptuno.
La corte se alegró dello en extremo,
La eleccion aprobando cada uno;
La próspera fortuna á vela y remo
Le engrandeció sin contraste alguno;
Y aunque felice ser todos le vian,
Por capaz de mas bienes le tenían.

Al quinto lustro de su edad llegado
Le vimos cuando á España movió guerra
El sarracino bando rebelado
En la áspera Alpujarra y fria sierra;
Y así, el buen Rey, de bien considerado,
Acordó darme el cargo de la tierra,
Con ampla comision, y que á Granada
Hiciese desde luego la jornada.

Moviéme á questo mas de un fundamento,
Y sobre todo inspiracion divina,
Para que el enemigo fraudulento
Bajase la cerviz luciferina.
Mandole pues llamar á su aposento,
Y con una elocuencia peregrina,
Heróica majestad que á virtud mueve,
Le dijo mucho en esta suma breve:

«Habiendo consultado atentamente,
Conforme al tiempo y á las ocasiones,
Así sobre remedios del presente,
Como sobre futuras prevenciones;
Y teniendo atencion especialmente
A las escandalosas rebeliones
Que en el reino andaluz se han descubierta
Con mano armada y con electo cierto,

»Acordamos, y habémoslo por bueno,
Que vos, don Juan, amado hermano nuestro,
Las vais á castigar y poner freno,
Como esperamos del esfuerzo vuestro;
Que, después de apurado aquel terreno,
Del arte militar seréis maestro,
Y daros hemos fuerzas poderosas
Para la ejecucion de grandes cosas.

»Comenzad á seguir vuestro destino,
Y abrazad con firmeza la fatiga;
Al trabajo haced fiel padrino
A quien es la virtud perfecta amiga;
Esta os enseñará el cierto camino
Por donde el claro premio se consiga,
Que es el inestimable don precioso
Que hace de sí misma al virtuoso.

»Mas porque vuestros altos pensamientos
Cargo puedan llevar que tanto pesa,
Y para que mejor vuestros intentos
Se justifiquen en cualquiera empresa,
Les damos como nobles alimentos
A nuestro muy leal duque de Sesa,
Para que coadjutor prudente os sea
Y con su acuerdo el vuestro se provea.»

Como el neblí lozano y animoso
Cuando su dueño le apercibe al vuelo
Se alienta, alegre y vuelve mas hermoso,
Mirando eficazmente al claro cielo;
Así el nuevo caudillo generoso
Dió señas conocidas de alto celo
A su hermano y señor, que ya leia
Escrito en ellas cuanto ver quería.

El grato responder y agradecido,
El modesto aceptar y la cordura,
La pronta discrecion y amor crecido
Que en el hablar mostró y en la figura,
Fueron para Filipe esclarecido
Rehenes de razon y de ventura,
Tales, que se halló bien satisfecho
De la eleccion prudente que habia hecho.

No le causaron punto de cuidado
Las ejemplares fábulas sabidas
De los mancebos cuyo osar sobrado
Fué desastrado fin para sus vidas:
Uno dentro del Po cayó abrasado;
Otro en el mar las alas derretidas,
Probando cuánto pueden causar daños
La mucha confianza y pocos años.

Ni menos dió recelo á su conceto
La del otro que amó la sombra vana;
Tanto, que aborreció el mismo sugeto,
Y se obligó á pasar muerte inhumana;
Que el sol de la razon claro y perfeto
Amaneció en don Juan tan de mañana,
Que le hacían mozo y hombre y viejo
La edad, la fortaleza y el consejo.

Y así, la fama, dando aquesta nueva,
Tiene por novedad y maravilla
El ver que de comun voto se aprueba
Desde los Alpes montes á Sevilla;
Y tanto cuanto mas la esparce y lleva,
Le dan de albricias el placer de oílla,
Suspendiendo esta vez el vulgar uso
Su licencioso término y confuso.

Cualquiera estado y condicion de gento
Celebra el beneficio y mejoría
Que del vuelo del águila eminente
A nuestra religion resultaría;
Mas este grande bien mayor se siente
Entre soldados, porque les venia
Un principe á mandar tan señalado,
Y un duque tan señor y tan soldado;

De quien podían ya por experiencia
Las virtudes contar una por una,
Que el linaje, el valor y la prudencia
Pueden tener debajo de la luna:
Suave gravedad, justa clemencia,
Segura discrecion, gala oportuna,
Y un corazon que en sí solo se encierra,
Mayor que todo el orbe de la tierra.

El cual, fortalecido en su grandeza,
Y alimentado de felice clima,
Desprecia el torpe amor de la riqueza,
Que el engañado mundo tanto estima;
¡Oh cuánto vale mas rica pobreza
Que la riqueza pobre que lastima!
Rico solo es aquel que está contento,
Y pobre solo el misero avariento.

Este, que rico y duque habia nacido
Por influencia de propicios hados,
Como no pobre rey habia vivido,
Sirviendo al suyo en trances señalados,
Y con obras heroicas adquirido
El titulo de padre de soldados,
El primor de la vida cortesana,
Y el de la culta lengua castellana.

Llegábase con esto aquella gloria
Del gran Gonzalo, su famoso abuelo,
De quien celebra el mundo la memoria,
Sus hechos levantando hasta el cielo;
De quien tanto trofeo, tanta historia
Viven y vivirán en todo el suelo
Mientras el alma sol le rodeare
Y el bravo mar sus limites guardare.

En este medio estábanse á la mira
Los marqueses y ejércitos cristianos
Dentro de la Alpujarra, que no aspira
A llegar por entonces á las manos.
Ya el soberbio aquilon, envuelto en ira,
De llanos montes y de montes llanos,
Hace sembrando á copos blanca nieve,
Ya el austro oscuro mares de agua llueve.

Mas el Abenhumeya no perdía
Tiempo en solicitar el alzamiento
Del arrabal de Ronda y Serranía,
Con otras poblaciones de momento;
De Málaga la Hoya y Axerquia,
De Ventomiz la sierra y fuerte asiento,
Los rios de Albolodui y de Almanzora,
Con la gente que en Baza y Huéscar mora.

La sierra de Filábres juntamente,
El Albayzin y barrios que en Granada
Moriscos habitaban, y la gente
De la Vega, hermosa y cultivada;
Aunque de aquestos voluntariamente,
Dando color a su intencion malvada,
Se rebelaban pueblos casi enteros,
Pretendiendo no ser de los postreros.

Mientras la regia mano poderosa
Previene de su hermano la venida,
Y vigilante atiende a cada cosa,
De muchas que requiere su partida,
Parte de la canalla sediciosa,
O fuese deste miedo compeliada,
O por cautela nueva que fundaba,
De reducirse a Dios y al Rey trataba.

Mas ¿qué palabra ó crédito pudiera
Asegurarnos de su infame parte?
Pues dado que una vez se redujera,
Ciento volviera al peligroso Marte;
Y cuando presuncion desto no hubiera
(Caso imposible a toda fuerza y arte),
¿Qué forma de castigos y rigores
Purgara de condigno sus errores?

Y cuando en lo pasado corte bueno
Se pudiera hallar, ¿qué corazones
Conservaran las ascuas en el seno
Y dieran pan a tigres y leones?
¿Quién fuera a conquistar el reino ajeno,
Dejando en casa insidias y traiciones?
¿Quién diera, por usar misericordia,
Lugar a la malicia y la discordia?

Mas, visto que los moros declarados
Eran pequeño número a respeto
De los muchos que estaban conjurados
Secretamente para el mismo efeto,
Por tenerlos a todos refrenados
Mientras se inquiere el medio mas perfeto,
No solo el de Mondejar los oia,
Mas con humanidad los atraia.

Admitiendo debajo de seguro
Al que a merced las armas entregaba,
Y a todos prometiendo que si el duro
Y rebelde furor se apaciguaba,
Haber de selles abogado puro
En moderar la pena esquivada y brava
De que eran siervos por su grave culpa,
Y alegar con la enmienda en su disculpa.

¿Oh cuántas veces al electo moro
Procuró revocar del atroz hecho!
Y cuántas, visto que ningún decoro
Mover podía el obstinado pecho,
Mandó señalar premio de tesoro
Y de honor, que es mas alto satisfecho,
A quien con alma ilustre piadosa
Cortase la cabeza al cielo odiosa!

Es el premio en las cosas que se espera
Estimulo tan vivo y poderoso,
Que allana y facilita lo que fuera
Labirinto difícil y escabroso,
Y así nunca faltó quien se ofreciera
A dar muerte violenta al alevoso,
Y entre otros muchos, una doble espía
Que el interesse a todo preferia.

Este vino al ejército cristiano
Diciendo como estaba de presente
Metido en Valor el cruel tirano,
Lugar nativo suyo y de su gente,
Y que sin duda le dará en la mano
Si con secreto parte al continente
Alguna compañía en busca suya
Que le captive ó mate antes que huya.

Gran duda sobre el caso se tuviera,
Si en todas las señales y razones
Aquel morisco no satisficiera
A las mas apuradas objeciones;
Dijo el orden, el tiempo y la manera,
Y las mas convenientes prevenciones;
Tanto, que al punto fue deliberada
La determinación de la jornada.

Hubo para la empresa opositores:
Cualquiera capitán la pretendia
Con ruegos, diligencias y favores,
Segun a cada cual se le ofrecia;
Salió con ella en fin Alvaro Flores,
Por ser el que la tierra mas sabia;
Por lo cual en aquella coyuntura
De muchos fue envidiada su ventura.

Mas andan bien y mal tan disfrazados,
Que, siendo sus extremos diferentes,
Los unos por los otros son juzgados
En las primeras señas aparentes;
Tales vimos ayer ser envidiados,
Que hoy de mancilla lloran las gentes,
Y a muchos les sucede lo contrario:
Tal es el proceder del mundo vario.

Por tanto, cada cual, de la prudencia
En sus acciones haga fuerte muro;
Mas ya del sol negaba la presencia
El denso cuerpo del terreno oscuro,
La blanca luna, por suplir la ausencia
De su hermano, mostró el semblante puro;
Y las estrellas, por seguir su usanza,
Hicieron la reseña y ordenanza.

Era sazón y tiempo compatible
A la partida y fin que se pretende;
Porque Alvar Flores bien cuanto es posible
Todos los pasos de la sierra entiende;
Con número de gente conveniente
Por fuera de camino el suyo emprende,
Dadas las contraseñas y secreto
Que se requieren para el buen efeto.

A mayor paso del que se marchaba
Iba el incierto número creciendo,
Con gente que en los montes va esperada,
Y otra que atrás al rastro iba siguiendo;
Así que, la vanguardia se aumentaba,
También la retroguardia iba creciendo,
Como suelen hacer a un tiempo mismo
Las figuras capaces del guarismo.

El nocturno reposo interpolando
Con sordo estruendo a las silvestres fieras,
La palabra que importa iban pasando
Con bajo tono todas las hileras,
Hasta que por el Ganjes asomando
De la alborada nuevas placenteras,
Saludaron al sol las simples aves,
Cual con agudos sonos, cual con graves.

Entonces, hecho un alto, se emboscaron
En la fragosidad de la espesura,
Donde por experiencia averiguaron
Cuán fácilmente es rica la natura;
Los pocos bastimentos que llevaron,
El duro suelo y una fuente pura
Les dieron más sabrosos alimentos
Que suelen dar la pompa y cumplimientos:

En este solaz último que digo
Se entretuvieron hasta que del día
La soberana luz llevo consigo
Aquel planeta que los años guía.
Tú, cielo, que de todo eres testigo,
Y viste lo que ver no te placia,
Dame favor aquí para que cuente
El mal que sonará de gente en gente.

Sobre la tierra estaba el aire oscuro,
Diana roja y mustia se mostraba,
Marte, envuelto en color de fuego puro,
Con aspecto cruel amenazaba;
El buho, anunciador del mal futuro,
Con su endechoso canto se quejaba,
Y canes con aullido lastimero
Presagios daban de siniestro agüero;

Cuando se prosiguió, que no debiera,
Ocultamente el áspero camino,
Que fue una circunstancia no ligera,
Antes grave accidente que nos vino.
Marchaba pues la union perecedera;
Mas las almas, presagas del destino,
Por ciencia casi infusa adivinando,
Los cuerpos iban ya como extrañando;

Y el natural calor enflaquecido
Entrada libre dió en los corazones,
Adonde el miedo vil hiciese nido
Con duro aprieto de imaginaciones;
Sentia cada cual en su sentido
Congojas sin saber por qué ocasiones,
Y unas sospechas bravas y crueles,
Cuanto eran verdaderas y fieles.

También se les antoja ver abiertos
Los sepulcros de padres y parientes,
Y oír con viva voz los cuerpos muertos
Formar acentos tristes y dolientes;
Por solitarios bosques y desiertos
Resonar gritos de alteradas gentes:
Tal fue la turbacion, tal fue la plaga
De aquella noche triste y aciaga.

Ya la amorosa estrella en el oriente
Hacia escolta al hijo de Latona,
Que del carnero la vellosa frente
Con rayos de oro a la sazón corona;
Cuando una espía cauta y diligente
Que vio acercár la gente de Belona,
Al ya vecino Valor fue a decillo,
Con priesa incomparable, al reyecillo.

El cual desamparó la blanca lana
En alta voz diciendo: «¡Alerta, alerta!»
Al instante acudió su guardia insana,
Que del rumor sintió la causa cierta;
Acuerdan de escalar una ventana,
Desconfiados de tomar la puerta;
Y apenas se acabó de dar el salto,
Cuando a la casa yerma se dió asalto.

CANTO VI.

Huye Abenhumeya. Los soldados de Alvaro Flores saquean el lugar de Valor. Los Moriscos les salen al camino y los matan. El señor don Juan llega a Granada. El marqués de Mondejar, acusado de sus emulos, va a Madrid, y habiéndole oído su majestad, le da por libre.

Los mares ara, siembra en el arena,
El aire en flaca red cerrar procura,
Entre el agua y el fuego paz ordena,
Atomos busca en la finiebla oscura,
Y al tiempo, cuyo curso no se enfrena,
La frente quiere ver queda y segura
Quien piensa conservarse mal obrando,
Por mas y mas que siempre esté velando.

Y aun antes dará el mar largo tributo,
Desazonada mies, y la arenosa
Orilla será fértil en dar fruto,
Helado el fuego, el aire densa cosa,
Y de la noche el tenebroso luto
Hará la vista clara y poderosa,
Y el tiempo será tarde y perezoso,
Antes que el malhechor viva en reposo.

Por do quiera que va lleva consigo
Las vivas brasas del remordimiento;
Que la conciencia clama y es testigo
Delante el tribunal del sentimiento;
Y aunque la culpa huya del castigo
Anticipadamente dias sin cuento,
Nunca se aleja del que al fin el suelo
Es centro y punto al círculo del cielo.

Así, de su fortuna blasfemando,
Iba aquel mozo por su mal altivo
El titulo de rey tiranizando,
Siendo en efeto esclavo fugitivo,
Y receloso de su mismo bando,
Encubre el miedo con semblante esquivo.
Ya pues a mas andar por la montaña
Se mete con temor, congoja y saña.

Los nuestros, que conocen la huida,
Y que seguir el rastro no conviene,
Por ser incierto en tierra no sabida,
Y presumirse que celada viene,
Todos lamentan la ocasion perdida,
La pena su lugar ocupa y tiene,
Cuando del triste reino alguna faria
Con ira los enciende y los injuria.

Poniéndoles delante de los ojos
Cuán vergonzosos volverán sin presa,
Y el vano fruto que de sus enojos
Les viene a resultar en tal empresa,
La grande utilidad de los despojos
Les pondera, y con ella contrapesa
La honra de guardar justo el derecho,
De suerte que pesó mas el provecho.

Es a saber que Valor siempre habia
De paz estado, ó porque rico fuese,
Y amor de las riquezas le hacia
Que el odio capital no descubriese,
O por algun desígnio que tenia;
Pero al fin, como quiera que ello fuese,
Tenia del Marqués salvoconduto,
Y era quebrallo crimen disoluto.

Decian algunos: «¿Qué tardanza es esta
Con que la suerte nuestra diferimos?
¿Es a dicha este pueblo, es gente aquesta
Para volvernos como nos venimos?
Si la victoria clara y manifiesta
Agora rehusamos y huimos,
Sidejamos perder riquezas tales,
Contino poblaremos hospitales.

»Aquí tenemos ropa, aquí moneda,
Aquí joyas, aquí bellas captivas;
No es tiempo de tener la espada queda,
Ni arengas consultar contemplativas;
Viva quien vence, sálvese quien pueda;
Que con esfuerzo y armas ofensivas
Se adquieren muchas veces posesiones
Mejor que por antiguas prescripciones.

»Y cuando el premio no nos indujera
A semejante hecho, bien bastara
Saber que esta canalla lisonjera
No tiene el corazón como la cara;
De cruces se nos arma por de fuera,
Mas ya nos consta como cosa clara
Que, con desprecio del Pastor de Roma,
Adoran en las almas su Mahoma.»

Tantas causas en fin acumularon
Para satisfacer a su codicia,
Que libremente el arma comenzaron
Contra la proteccion de la justicia.
A Flores los moriscos se quejaron
De aquel agravio y sobra de malicia;
Al cual no le quedó por diligencia
El hacer mientras pudo resistencia.

Mas, visto que el furor y desvario
Llegaba a mas andar en rompimiento,
Y que cualquier remedio era tardío
En tan acelerado perdimiento,
Hizo como patron de algun navio,
Que, viendo el mar hinchado, bravo el viento,
Roto el timon y entena, olvida el arte,
Y déjase llevar a cada parte.

O como el que con ansia y con fatiga
Se opuso a incendio, y ve la ardiente llama
Alzarse al cielo cuando la mitiga,
Con humo que oscurece y son que brama;
Y puesto que el deseo allí le obliga
A socorrer las cosas que mas ama,
Como no es ya en su mano, estése quedo
Entre dolor, afán, congoja y miedo.

El clamor alto de los que morian,
Y el crudo orgullo de los que mataban,
Con impetu y rigor crecerse oian,
Y unas injurias otras aumentaban;
Huyendo salen ya los que podian,
Que de hacienda ó hijos no curaban;
Mas luego que las armas se acabaron,
Los hurtos a gran furia comenzaron.

Vierades el goloso desatino
Desenfrenar su hambre insaciable
Tras la cendrada plata, el oro fino,
Y la seda, que en parte es estimable,
Sin perdonar á paño, cera ó lino,
O á cualquiera otra alhaja miserable;
Tanto, que aquel se juzga mas honrado
Que salé sin aliento y mas cargado.

Todas las mas moriscas de la villa
Llevan captivas, pero no ligadas,
Como ya se acostumbra de trailla,
O con duras esposas apretadas;
Antes ¡oh engaño indigno de mancilla!
Con armas de sus dueños van cargadas,
Los cuales se las daban porque el peso
Las fuerzas les quitaba, y aun el seso.

Quien el mundo al revés pintar procura
No trace cosas ya descomunales,
No finja peces en la tierra dura,
Ni en el undoso mar los animales;
Dibuje este desorden y locura,
Y hará que se admiren los mortales,
No menos del injusto error vengados,
Que de la novedad maravillados.

Ya los que desta infame cabalgada
Escaparon, apriesa dan la seña
En la cumbre de un monte levantada
Con encender un gran hace de leña;
Hecha dos y tres veces la humada,
Que era su conocida contraseña,
De toda la comarca concurrieron
Los moriscos al punto que la vieron.

Como se van juntando cada instante,
Les es por indirectas referido
Cuanto ha pasado, y cómo va delante
El enemigo mal apercebido,
Con injurioso grito resonante
La fama dió por todos estallido,
Y vuelan por quitar á los cristianos
Las vidas y la presa de las manos.

Astutamente ciñen ambos lados
De una torcida y escabrosa senda,
Por donde aquellos miseros soldados
Iban á dar mal fin con su hacienda.
Está entre dos altísimos collados
Cierta hondura horrible y estependa,
La cual parece que formó natura
Para que fuese á tantos sepultura.

Aquí llegaban pues los que del día
No habían de gozar la luz entera,
Cuando el latonio rey pasado había
Noventa grados con su cuarta esfera;
Mas ya la multitud sobrevenia
Cerrando los caminos por do quiera,
Y la esperanza de la triste gente,
Que vió su perdición notoriamente.

El sitio del lugar es tan extraño,
El cansancio y desorden son de suerte,
Que les muestran escripto el desengaño
En la espantosa imagen de la muerte;
El número contrario era tamaño
Seis veces como el suyo, y diez mas fuerte;
Así que, les tocaba, á buena cuenta,
Lidiar á cada uno con sesenta.

¡Pluguiera Dios que lícito me fuera
En silencio pasar esta batalla!
Aunque si nombre tal le compitiera
¿Qué disculpa mejor para contalla?
No fué batalla, no, ni sé, aunque quiera,
Proprio término usar para nombralla;
Mas sé que fué el efeto del suceso
Conforme con la causa del exceso.

Perdida la razon, perdido el tino,
Mudando pareceres y lugares,
Se mezclan en confuso remolino,
Cercados de tormentos y pesares.
Y así, no fué el esfuerzo peregrino
De algunos que hubo allí particulares
Parte para animar sus corazones
Con ejemplo, amenazas ni razones.

Las enemigas armas se movian
Con algazara atroz y desdenosa
Sobre los nuestros, que cercado habían
En aquella sazón fuerte y dañosa;
De mampuesto matában y herian
El plomo esquivo, y hasta ponzoñosa
La dura piedra y el ligero dardo,
Sin que saliese tiro vano ó tardó.

Antes, por mas de un pecho penetrando,
Es uno fin de dos y de tres vidas,
Y otras veces en una ejecutando
Su fuerza, á un tiempo llegan dos heridas;
Entre su sangre están agonizando
Los cuerpos, que con voces doloridas
De las contritas almas se despiden,
Y á Dios perdon de sus delitos piden.

Es la creciente del sangriento río
Tal, que parece que la gente anega,
Y tal el implacable poderío
En los montones que matando allega,
Que no en la fuerza del ardiente estio
Las rústicas cuadrillas de la siega
Con mas presteza cortan los despojos
A las hazas que vuelven en rastrojos.

Alvaro Flores su valor mostraba,
Aunque su perdimiento conocía,
Y á la enemiga fuerza contrastaba
Con poca gente que el deber hacia;
Mas, viendo que la suya declinaba,
Y que la munición gastado había,
Hizo, volviendo á Dios todo su intento,
Este ordenado y breve testamento:

»Pues eres, dijo en fin, dello servido,
Yo muero en tu clemencia confiado,
En aquella fe misma que he vivido
Por la divina gracia que me has dado;
Y pues que mi destierro es hoy cumplido,
Mi alma te encomiendo, ¡oh Rey sagrado!
Y no permitas que por mí se pierda
Quien se ganó por tí, y de tí se acuerda.

»El cuerpo mando yo á la tierra dura,
Que es de los cuerpos única heredera,
Cual madre universal, que los procura
Volver al vientre y calidad primera.»
Estas palabras dijo, y por ventura
Segun las muestras daba, mas dijera
Si no estuvieran ya los enemigos
Tan cerca, que pudieran ser testigos.

Lo que faltó en la voz cumplió en el hecho,
Y fué que su arcabuz preciado y fino
A golpes destruyó, porque deshecho
Quedase inútil al poder malino;
Luego con presto paso y fuerte pecho
Metió mano al estoque diamantino,
Y hizo en la primera arremetida
Dos moros á sus pies dejar la vida.

Mas ya por las heridas que tenia
Larga vena de sangre derramaba;
La fuerza, aunque el esfuerzo la movia,
A mas andar al ánimo faltaba;
Creciendo iba con esto la osadía
Y tumulto feroz que le aquejaba,
Hasta que el mortal peso batió el suelo,
Y el alma, libre dél, alzó su vuelo.

¡Oh secreto profundo de los hados!
¿De qué sirve al humano entendimiento
Conjeturar los fines desastrados
Por mal planeta y duro nacimiento;
Pues mil hombres nacidos y engendrados
Con tanta diferencia de talento,
De tiempo, sitio, signo, clima y suerte,
Aquí se conformaron en la muerte?

Solos catorce apenas escaparon,
De aquel conflicto á ser embajadores,
Aunque las malas nuevas caminaron
Mas que ellos, y haciéndose peores;
Las municiones y armas que sacaron
Del campo los injustos vencedores,
Les aumentaron desde el mismo día
La soberbia, el poder y la osadía.

El clamor de las viudas lastimadas
A los huérfanos hace compañía;
Los padres siembran lágrimas dobladas.
A la muerte retando de tardía;
A las escuadras impías rebeladas
Mas gente se llegaba cada día,
Por resistir al áspero cuchillo
Con que los amenaza el gran caudillo.

Abenhumeya, altivo y jatanioso
Por la infelice rota de Alvar Flores,
No era ya bandolero receloso,
Cabeza de rogados valedores,
Sino tirano, rico y poderoso,
Dispuesto á pretender cosas mayores,
Y mas, que via andar en sus reales
Moros de Fez y turcos orientales.

Tenia inteligencia y alianza
Con moriscos del reino de Valencia,
Aunque estos defraudaron su esperanza,
O porque no creyesen su potencia,
O que les pareciese confianza
Tentar segunda vez la competencia
Que en sierra de Espadan les costó cara,
Dándole desengaños á la clara.

El mas elaro planeta ya llegaba
A la rica cerviz del blanco toro,
Y los amenos prados matizaba
De esmeralda, rubi, de plata y oro;
Filomena cantando renovaba
La justa causa de su antiguo lloro,
Y entre los verdes arboles floridos
Formaba dulcemente sus quejidos.

Era venido el día venturoso
Que el Hijo eterno del Criador del cielo
Resucitó en cuanto hombre, y glorioso,
Trofeo rico para el pobre suelo,
Cuando de Carlo el hijo valeroso
De España otra esperanza, otro consuelo,
Se acercaba á las puertas de Granada,
Cual por oriente asoma la alborada.

¿Qué lengua explicará, aunque Tulia sea,
El aplauso de aquel recibimiento,
Si no es que infundir sabe alguna idea
A medida del gusto y pensamiento?
Mostrábase la gente de pelea,
Usando del vulcánico instrumento,
A imitación de las batallas fieras,
Con tal denuedo que parece veras.

De todo sexo y calidad de gente
La multitud que ocurre es cosa extraña,
En el hábito y forma mas decente
Que se requiere en ocasion tamaña:
Tal iba al Campidolio antiguamente,
Romano capitán por gran hazaña,
Cual en el pueblo entraba agradecido
El que por bien del mundo fué nacido.

La gracia, gallardía, la belleza,
El donaire, con otras perfecciones
En que el alma dotada de grandeza
Hace al vivo de sí demostraciones;
Mueven las lenguas para dar certeza
De la verdad que está en los corazones;
Y así, resuena el aire por do quiera
Con voces que le dan desta manera:

«Ven, vén, restaurador del reino nuestro,
Unico fin de nuestros graves días,
Y comience á hacer tu brazo diestro
Al tiempo y á la muerte sus engaños;
De hoy mas no hay que temer hado siniestro;
Que el seguro proceso de tus años
Nos pronostica en tu real figura
Propicia y agradable la ventura.

»Bendito sea el día en que naciste,
Y benditos los pechos que mamaste,
Y bendito el acuerdo que tuviste
Cuando venir aquí determinaste;
Y pues el bien que en tí solo consiste
No hay lengua humana que á decirlo baste,
Tu misma perfeccion lo muestre y diga,
Y Dios omnipotente te bendiga.»

Sonaban entre aquestas bendiciones
Músicos instrumentos y cantares,
Ensalzando con métricas razones
Los hechos de su padre singulares;
Como á los otomanos escuadrones
Y al reino altivo de los doce pares
Venció; y en fin, cómo por todo el mundo
Fué Carlos Quinto y Carlos sin segundo.

Un músico fundado y excelente
En un cóncavo leno la armonía
De nervios acordados dulcemente
Con prontos dedos resonar hacia;
Y así á los golpes gime y se resiente,
Que alma y razon parece que tenia
El muerto palo, á cuyo son cantaba
Esto no menos bien quien le tocaba:

«Aquel monarca invicto, cuya mano
Poderosa sintió toda la tierra,
Y entronizando el crédito cristiano,
Hizo temblar al mundo en paz y guerra,
Como se viesé ya del fin cercano
Que el plazo breve de la vida cierra,
Y no le contrastase otro enemigo,
Acordó de hacer guerra consigo.

»Los triunfos claros vió de sus victorias,
Que la fama cantaba en voz sonora,
Y la materia que á cien mil historias
Propuso con su diestra vencedora;
Sintió el aplauso que sin vanas glorias
En la noble fatiga se atesora;
Halló su voluntad toda cumplida,
Y la invidia á sus pies mansa y rendida.

»Mas, no parando allí su entendimiento,
De nuevo le previene y desafia
Con un cartel de buen conocimiento
A la mas dura y áspera porfia;
Que vencer uno á diez, vencer á ciento,
No procede de tanta valentía
Como vencerse á sí en el campo estrecho
Que cuerpo y alma traban en un pecho.

»Llegado del combate el plazo y punto,
El alma pareció con dos padrinos,
Que en su apostura y celestial trasunto
Mostraron ser dos ángeles divinos;
Con mas de mil el cuerpo entraba á punto
De aquellos obstinados y malos,
Que por soberbia desde el alto cielo
Cayeron en el reino sin consuelo.

»Entre estos vino un viejo envanecido,
Galan, cerimonioso, lisonjero,
No menos engañoso que perdido,
Ni menos diligente que parlero;
Mas daba á sus criados tal partido
De vanagloria y summa de dinero,
Que pretender decir cuántos serian,
Las estrellas contarse antes podrian.

»Una hermosa dama bien dispuesta,
Entre olores, blanduras y regalo,
Allí vino laciva y deshonesto,
Cercada de un deleite torpe y malo;
Canina hambre siempre la molesta,
Es su vil capitán Sardanapalo,
Epicuro el que trae su infame seña,
Mas número no iguala á su reseña.

»Presente estaba á ver el desafío
Innumerable copia de escuadrones,
Parciales del terrestre desvario,
De injustas y dañadas intenciones;
Al alma heroica armó el franco albedrío,
Al cuerpo sus afectos y pasiones;
Jueces eran el eterno Padre
Y la sagrada Iglesia nuestra madre.

»Hizo señal la inspiracion divina
Con la memoria que levanta al cielo,
Y comenzóse el arma diamantina
Con tan horrible y espantoso duelo
Como cuando del templo la ruina
Por mano de Sanson oprimió el suelo,
Quebrando las cervices enemigas
El grave peso de las altas vigas.

»Esta manera el valeroso y fuerte
Se hubo, con quedar mortificado,
Vencido y vencedor, que de otra suerte
Rendir tanto enemigo es excusado;
Vistióse luego insignias de la muerte,
Y humilde renunció las de su estado,
Queriendo mas ser pobre religioso
Que monarca del mundo poderoso.

»Valióse de los firmes desengaños,
Que tarde ó nunca son bien acogidos
En el veloce curso de los años,
Que nos lleva tras sí desvanecidos;
Y desmintiendo nuestros mismos daños,
Por mas que se nos muestren conocidos,
Nos dura la ambicion mas que la vida,
Y el alma no se escapa de pérdida.

»Oh tú, retrato al vivo, que presente
Nos haces de tal padre la memoria,
Imita sus pisadas diestramente,
Sigue sus hechos, sigue su victoria;
Que ya tiembla de tí la odiosa gente
Que deste reino perturbó la gloria;
Ya vuelven al infierno las arpias
Que han hecho dolorosos estos dias.

»Ya las aves nocturnas desaparecen,
Ya sus endechas, de funesto agüero,
Nuestros entendimientos no entristecen
Hiriendo el aire con aullido fiero;
Que el águila, á quien temen y aborrecen,
Las ahuyenta al triste Cancerbero;
Ya el águila caudal de Carlo asoma,
Y huyen las arpias de Mahoma.

»Ya la paloma blanca deseada,
Después del gran diluvio y muerte esquiva,
Viene con la dulcísima embajada
De paz, y el ramo trae de verde oliva;
Ya el arca de la Iglesia consagrada
Espera tomar tierra donde viva,
Que ya viene la cándida paloma
Y huirán los cuervos de Mahoma.

Estos versos cantaba el nuevo Orfeo,
Acomodando el son á los acentos,
Y causando de oír mayor deseo
A cuantos le estuvieron mas atentos;
Aunque estos fueron pocos, segun creo,
Porque ojos, lenguas, almas, pensamientos,
Iban siguiendo la real presencia,
Como la sombra suele á su existencia.

Llevado con tal pompa á su posada,
Retiróse á una cámara escondida
A descansar, que es cosa averiguada
Que aun los placeres cansan desta vida;
Y agradeciendo mucho que Granada
Le biciese tan próspera acogida,
Al punto resurtió su pensamiento
De allí, y voló á negocios de momento.

A Luis Quijada, su maestro anciano,
Mandó llamar, el cual habia traído
Gran comision del Rey y larga mano,
Con poder ampliado y extendido
En los negocios de su caro hermano,
Así los del doméstico partido,
Como en toda la suma de la guerra
Y pacificación de aquella tierra.

Premio de la virtud con que ya habia
En las armas de Carlos jubilado,
Y del crédito y nombre que tenia
Por obras peregrinas alcanzado;
Y aun César, como aquel que bien sabia
El ser deste varon calificado,
Quiso que á don Juan de Austria administrase,
Y que en su noble escuela le criase.

De donde con decoro resultaba
Un puro amor reciproco entrañable,
Que al buen criado honor y gloria daba,
Y al buen señor delectacion loable;
Si al príncipe su ayo se mostraba
Con cierta reverencia amigo afable,
El le guardaba generosamente
Un respecto político y decento.

Con el cual le habló desta manera:
«¡Oh padre! á quien el mio amado y caro
Tuvo hasta la hora postrimera
Por ejemplar espejo al mundo raro,
Y yo pienso tener hasta que muera
Por clara guia y valeroso amparo,
Estad por cortesía un poco atento,
Que os quiero declarar mi pensamiento.»

»La salva y regocijo de escuadrones
Que en mi recibimiento se han mostrado,
Las fiestas, juegos, cantos, invenciones
Con que esta gran ciudad lo ha celebrado,
No han sido para mi demostraciones
Que me dejen contento y sosegado,
Antes unos estímulos agudos
Que dan en mis sentidos golpes crudos.

»Una encendida y poderosa llama
Que acrecienta la fuerza del deseo,
Y me incita á ganar eterna fama
En la fe del gran Dios que adoro y creo,
El cual sabe muy bien que no me inflama
Deleite ni ambicion ni devaneo,
Mas una emulacion justa y honrosa,
Que está en mi pecho firme y no reposa.

»No pretendo dar puente al Helesponto,
Como el soberbio sucesor de Ciro,
Ni como el Taborlan yo me remonto,
Ni al formidable nombre que él, aspiro;
A diferentes medios estoy pronto;
Diversos fines son á los que miro,
Pues nunca fuerza junta voluntades,
Ni esforzados se precian de crueldades.

»Lo que yo con mi sangre compraria
Sin rehusar jamás peligro honesto,
El último trofeo á que me guia
De mi alma y corazon el presupuesto,
Es que la tierra viva en policia,
Y reducida á término modesto,
Obedezca una ley y una costumbre,
Así como de un sol recibe lumbrere.

»Y aunque es difícil este bien que quiero,
En cuanto fuere en mí no desconfio,
Antes en el favor divino espero,
Mientras viviere aqueste cuerpo mio,
De ser en los trabajos el primero,
Y en las escaramuzas no el tardio,
Siendo á rebeldes fuerte y riguroso,
Y á vencidos humano y piadoso.

»En conclusion, yo soy de un rey hechura,
Que mas defiende el crédito cristiano,
Y soldado de aquella esposa pura
Del Verbo Dios y hombre soberano;
Aquello que mi oficio mas procura
Es la concordia del linaje humano,
Y que supersticion, fraude y malicia
Se rindan á la fe y á la justicia.

»Y así, pluguiese al Hacedor del cielo
Que esta profana gente rebelada
Apartase de sí el oscuro velo
Que la tiene contusa y engañada,
Como yo de rodillas por el suelo
Al vicario de Roma la sagrada,
Y á mi señor y hermano pediria
El perdón que en tal caso haber podria.

»Y luego, por Italia atravesando,
La Grecia exhortaria de camino
A que del torpe sueño despertando,
Sacudiese de sí el oprobrio indino;
Después, el mar de Siria navegando,
Iria á aquel lugar sacro y divino
Que tuvo del Maestro soberano
Depositado en sí el despojo humano.

»Allí por entre mil persecuciones,
Aunque viniesen de los elementos,
Haria levantar altos blasones
A gloria de la fe y los sacramentos;
Que nunca en semejantes ocasiones
El cielo faltaria á mis intentos,
Ni faltó á los del santo Godofredo,
A quien sin devocion nombrar no puedo.

»Creedme, ¡oh padre! que si me siguiese,
Como presumo, la valia cristiana,
Que á mas duras empresas me opusiese,
A pesar de la máquina otomana;
No reparando en reinos ni intereses,
Que todo es una escoria vil mundana;
Todo se acaba al fin, todo perece;
La virtud sola vive y permanece.»

Nunca nuevas de caro hijo ausente
Que primero por muerto fue llorado,
Ni gracia de la vida al delincuente
Al áspero cuchillo condenado,
Ni cátedra á orgulloso pretendiente
Pudo alegrar jamás en mayor grado,
Que al ayo prudentísimo y sencillo
La generosa habla del caudillo.

»Felice, respondió, los venideros
Siglos me llamarán, príncipe mio,
Pues en tutela mereci teneros,
Y ser de vos llamado padre y tio;
Y mas por haber sido verdaderos
Los bienes que vuestra alma y albedrio
Prometieron de sí desde la cuna
En el disfraz humilde de fortuna.

»Prosperes el sumo Dios vuestro talento,
Y ordene allá en sus íntimos decretos
Que de vuestra virtud y entendimiento
Nazean á gloria suya altos efectos;
Mas, por decirlo todo lo que siento
De vuestro pecho ardiente y sus concetos,
Parece, Señor, aunque me pesa,
Que no teneis por ardua aquesta empresa;

»Siéndolo tanto, que ella no seria
Entre las vuestras la menor hazaña,
Cuando por vos del Tanais algun dia
Bebiesen los ejércitos de España;
De toda Mauritania y de Turquía
La natural y vengadora saña
Compele y precipita gente armada,
Que aumenta la perversa rebelada.

»La cual es mucha, y tal el sitio extraño
Destas montañas ásperas y duras,
Que pueden á su salvo hacer daño,
Tomando de los montes las alturas,
No solo aquellos que habilita el año,
Mas los débiles viejos y criaturas,
Y aun las mujeres mismas infieles
Serán menos cobardes que cruces.

»Guerra será por fuerza extravagante,
Mas no indigna, Señor, de vuestra gloria;
Pues, sobre justa ser, es importante,
Y difícil el fin de la victoria;
La justicia en obrar siempre delante
Se tenga, y la razon en la memoria,
Y acompañe al cuidado y diligencia
El medido compás de la prudencia.»

Este y otros coloquios substanciales
Pasaron sobre el caso aquellos dias,
Fuera de los consejos generales
Que se hicieron por diversas vias;
Y para que mas fuesen esenciales
Llegó, causando nuevas alegrías,
El varon mas bienquisto deste suelo,
Conforme en nombre y hechos á su abuelo.

El que con nuevo ejemplo y admirable
De liberalidad caritativa
Dió materia á la fama de que hable
Para que su memoria siempre viva,
Dando sepulcro ilustre y venerable
A Lutreque el francés, á quien la esquiva
Atrocidad de guerra única y dura
Gran tiempo denegó la sepultura.

Este es aquel de Sesa que, asistiendo
Por general caudillo en Lombardia,
Hazañas hizo que estarán viviendo
Sin que de olvido las empezca el dia;
Este es quien, la virtud favoreciendo
Con magnanimidad heroica y pia,
Causaba en los soldados fortaleza
Al vivo resplandor de su grandeza.

PE-II.

Y con ser gente libre y desgarrada,
Y enemigos del trato cortesano,
Donde la cerimonia está arraigada,
Ostentacion y cumplimiento vano,
En ocasion estrecha y apretada
Le suplicaron todos á una mano
Del sueldo se sirviese que á su lado
Con sudores de sangre habian ganado.

¡Oh magnates, que errais por ser temidos!
No os precieis de profanas altivezas;
Mirad que odiosos ser y aborrecidos
No es premio del poder y las riquezas;
Daños experimenta conocidos
Quien busca autoridad con asperezas,
Y adquiere con honor felicidades
Quien sabe ganar libres voluntades.

Ejemplo se ve claro y manifiesto
En Gonzalo Fernandez Cordubense:
Miralo el pueblo con alegre gesto
Desde el menor al generoso austrense;
Que le saluda, y dice que en el resto
De aquella guerra y ocasion dispense,
Como capaz de ingenio y de experiencia,
Rico de amigos, puro de conciencia.

Habidos sus acuerdos provechosos,
Determinó el consejo que Granada
Refrene los contrarios sospechosos
Que dentro della están como en celada,
Y que á los declarados sediciosos
Que fuera traen la tierra alborotada,
El de los Vélez con ardid resista,
Mientras un grueso ejército se alista.

Debe notar el que tener procura
Experiencia de cosas desta vida,
Que la verdad al cabo está segura
Si bien por algun tiempo es oprimida:
Veráse al vivo desto la figura,
Como demostracion clara y valida,
En el caudillo grave Mendocino,
A quien desgracias tuercen el camino.

De puro recto vino á ser odioso
Y malquisto á los hombres en tal grado,
Que fué con testimonio riguroso
Delante de su rey calumniado,
Y ya el vulgo cruel y malicioso,
Viéndole algunos dias desdeñado,
Endechas de su muerte le cantaba,
Y sin querelle oír le condenaba.

Mas no mucho después, favorecido
De su inocencia y partes excelentes,
Fué del monarca nuestro promovido
A cargos de gobierno preeminentes.
La fama pues ya alzaba su alarido,
Convocando de nuevo muchas gentes
De la cristiana parte y la enemiga,
Para que el hecho de armas se prosiga.

De las cuales entonces el oficio
Debidamente suspendido estaba,
En cuanto para el bélico ejercicio
El conveniente número llegaba;
Mas ya la utilidad y beneficio
Que del caudillo Austrino resultaba
Se dejaba entender por experiencia,
Como primero se alcanzó por ciencia.

Porque las competencias y porfias
De los demás ministros se acabaron;
Cesaron luego las filaterias,
La ambicion y designios amainaron;
Como con la venida del Mesias
Los ídolos y oráculos callaron,
Y así como los astros desaparecen
Cuando del sol los rayos aparecen.

No formará abusiones el prudente
De oír las competencias que refiero,
Pues es plaga comun entre igual gente
Reventar cada cual por ser primero.
¿Quién trujo al pueblo en armas prepotente
A sujecion y estado lastimero,
Sino aquel poderoso triunvirato,
Ruina de la gloria del Senado?

¿Faltó pleito sobre esto por ventura
En aquel apostólico rebaño
Hasta que el Redentor con gracia pura
Les mandó desistir del nuevo engaño?
Por tanto, aquella empresa es mas segura
Que el Rey hace, si evita aqueste daño
Con ir él mismo, ó cuando ser no pueda,
Envíe personaje que preceda.

Y que, hecha elección de tal sugeto,
La dignidad y cargo le amplifique,
Para que con la fuerza deste objeto
La invidia en los demás se mortifique;
Así que, fué consejo sano y reto.
Y es bien que por el mundo se publique,
Venir de Carlos el retrato vivo
A curar este daño, y mil que escribo.

Porque la guerra en casa y la milicia
De gente nunca usada á tal doctrina
Habían hecho premio la avaricia,
Los hurtos y desórden disciplina,
La inclemencia decían ser justicia,
Astucia el retirarse mas ahina,
La guerra imaginaban como trato,
Juzgando por vencer comprar barato.

Y así, se habían deshecho compañías,
Quedando casi solas las banderas,
Aunque ministros por diversas vías
Llegasen los castigos á las veras;
Mas ya, gloria y honor de nuestros días,
Te vuelven á buscar do los esperas;
Que el amor y respeto los inflama
A seguir tu ventura, que los llama.

¿Qué no puede un ejemplo verdadero
En la dócil mejor naturaleza?
Pues aun aquellos mismos que primero
Rehusaban de Marte la aspereza,
Se vuelven á vestir de fuerte acero
Olvidando el regalo y la ternera;
Sin muchos que de nuevo se inclinaron
A las armas, que nunca profesaron.

Acedió de la Bética famosa,
También de la extremada Extremadura,
Gente que en guerra es fuerte y animosa,
Y en el trabajo vigilante y dura;
Toledo insigne y Burgos generosa,
Cuya alta competencia siempre dura,
Parece que aun en esto la tuvieron,
Segun de bien aquí comparecieron.

Vinieron juntamente leoneses,
Catalanes también y valencianos,
Con los de Murcia y los aragoneses,
Los navarros, gallegos y asturianos;
Vinieron los robustos montañeses,
Vizcaínos, alaveses, guipuzcuanos,
Siguiéron invencibles y leales
Las pisadas antiguas naturales.

Desde allí donde al fin Fuenterrabía
Divide el franco reino del hispano,
Hasta do el Betis su corriente fría
En las hondas sepulta de Oceano,
Ciudad, villa ni aldea ni alcaria
Dejó de socorrer tarde ó temprano,
Pues aun tú, sayagués simple, olvidado
Tomas la espada y sueltas el arado.

Córdoba en su leal ayuntamiento
Criar mas capitanes determina,
Que vayan á allanar el alzamiento
Con la planta real y prole anstrina;
No callarán mis versos tu talento,
Ni tu virtud heroica y peregrina,
Magnánimo Luis Paez de Castillejo,
Pues que de caballeros fuiste espejo.

Antiguo regidor era aprobado,
Del bien de la republica celoso,
Rico, grave, prudente, acreditado,
Puntual, verdadero y muy lustroso;
Pues, como capitán fuese nombrado
De aquel senado ilustre y generoso,
El cargo rehusó, y desta manera
Soltó la voz, conforme á quien él era:

«Yo, mis hijos, mis deudos y criados
Las armas tomaremos sin fatiga,
Y á servir nuestro rey como soldados
Irémos por la fe que nos obliga.
Sin ser desta ciudad remunerados
Ni que yo lleve oficio en esta figa;
Para aquesto nacemos caballeros;
Para aquesto es la sangre y los dineros.»

Oidas las palabras generosas,
Replica la ciudad que el cargo acete;
El con razones altas y honorosas
De servir bien en él jura y promete;
Mas aunque el interés en todas cosas,
Aunque graves, se mezcla y entremete,
Renunció y partió mano del salario
Que se da á capitanes ordinario.

Del progreso que tuvo aquí no digo,
Mas de que su persona fué estimada
Del inclito don Juan, y que consigo
Le trujo en la defensa de Granada;
Si alguno me imputare que no sigo
En estas alabanzas mi jornada,
Contra la fama singular se atreve
Que al valor extremado se le debe.

Y pues que la virtud comunicable
Conviene que en los siglos venideros
Suene de gente en gente y sea notable
A los amigos della verdaderos,
¿Quién callará tu nombre memorable,
Don Francisco Zapata y de Cisneros,
Tu ingenio, tu prudencia y tu gobierno,
Oh nuevo Ulises, oh Catón moderno?

Por bien de nuestra patria venturosa
Era gobernador entonces della
Este, que con industria milagrosa,
Al Rey sirviendo, se acredita en ella;
Mientras Febo su luz muestra hermosa
Ni mientras resplandece cada estrella,
Deja de estar atento á la milicia,
El ceptro administrando de justicia.

Es fama, es la verdad, es evidencia,
Que á la cruel morisca exorbitancia
Fué el que primero hizo resistencia,
Socorros enviando de importancia;
De suerte que venció con la prudencia
La turbacion, el tiempo y la distancia,
Pues fué el que por la mano dió á Granada
Favor en su aflicion con mano armada.

Nunca el pastor de la celosa Juno
Con sus cien ojos tuvo tal cuidado,
Ni Roma gloriarse de hijo alguno
Se puede al bien común mas inclinado;
Por tanto, el que ministro fué oportuno,
Al reino granadino rebelado,
Abrió de preferirse larga senda
En oficios, estado y en hacienda.

Los edificios que fundó excelentes
En Córdoba le alaban cada día,
Y alabaránle nuestros descendientes
Movidos de razon y cortesía;
Las cristalinas y hermosas fuentes
En su ruido dulce y armonía
Celebrarán su nombre, y como efeto
A su causa tendrán digno respeto.

Y tú, Sevilla, á quien el Oceano
Tan rica hace ser y conocida,
Canta en estilo heroico y soberano
Deste varón la fama esclarecida,
Pues el sitio que en tí, por ser mal sano,
Era vivienda triste aborrecida,
Le cultivó y labró con tal aviso,
Que parece un terrestre paraíso;

Dando ejemplo á cualquiera á quien fortuna
Su faz le muestre favorable y leda,
Para que la ocasion goce oportuna,
Y haga mientras vive el bien que pueda.
Si el distrito que fué Estigia laguna,
Agora es prado eliseo y alameda,
¿Por qué el avaro, de razon ajeno,
Nunca acierta á salir del torpe cieno?

CANTO VII.

Visto que las cosas de la rebelion ofrecian cada dia nuevas dificultades, determina su majestad que el Comendador mayor se venga de Roma y traiga consigo el tercio de Nápoles. Abenhumeya hace un parlamento á los suyos. El señor don Juan entra en consejo de guerra y hace un sustancial razonamiento.

Ninguno en lo presente ó venidero
Pretenda con sobrado atrevimiento
Decir que guerra canto y exagero
Que en substancia no fué de gran momento;
Porque si el macedon terrible y fiero,
Después del oriental allanamiento,
De la empresa que trato se encargara,
Difícil y dudosa la hallara.

Y tú, famoso epítan romano,
Mas poderoso que tu madre Roma,
Que dejaste de tí al linaje humano
Ilustre invidia que lo esfuerza y doma;
Si aquí llegaras con armada mano,
Vieras que el decadente de Mahoma
Te daba en qué entender mas que la Galia,
Y mas que la contienda de Tesalia.

Y tú, Fernán Cortés, cuya hazaña
Será en la tierra ejemplo sin segundo,
Precio y honor del crédito de España,
A quien rindió tu brazo un nuevo mundo;
Si con aquel ardid, esfuerzo y maña
Que al paganismo yerto, furibundo,
Pusiste yugo, en esta guerra entraras,
Ardua en las experiencias la juzgaras.

Vieras unas batallas no aplazadas
Con enemigos torpes, cautelosos,
Tus gentes divididas y sembradas
Entre amigos perversos, alevosos;
Vieras desde las cumbres elevadas
De los montes desiertos, peñascosos,
Armas llover, y los que así herian,
Desparecer al punto que querian.

Vieras la confusion tan en su punto,
Que, á un tiempo las mentiras y verdades
Mezcladas, te mostraran un trasunto
Compuesto de contrarias calidades;
Y el medio requerirse tan á punto,
Como en agudas suele enfermedades;
Y así, entre los escándalos terribles
Volar las ocasiones invisibles.

Que en otras guerras, donde abiertamente
Es el honor el premio de ambas partes,
Aunque es á todos licito y decente
A sus tiempos usar manos artes,
Vase atinando, en fin, principalmente
A mostrarse los hombres nuevos Martes,
El número se entiende, el dónde y cuando
Los campos hacen alto ó van marchando.

Mas aquí van las cosas de otra suerte,
Que gente hereje á Dios, al Rey traidora,
Ni fama busca, ni á fineza advierte,
Ni sus delictos graves sobredora;
Acometen, á imagen de la muerte,
Sin entenderse el día ni la hora,
Para causarnos daño entre si unidos,
Y para recebillo divididos.

El socorro ordinario, el mar vecino,
Espías y asechanzas por momentos;
¿Oh buen don Juan, tu ingenio peregrino
En qué golfo se ve de pensamientos!
Tu facundo decir, alto y divino,
Cuán bien se muestra en los razonamientos
Cuando tus ojos claros y hermosos
Lanzan del corazón rayos fogosos.

Tú remediabas con gentil crianza
De cada cual las quejas y fastidios,
Y moderabas con fiel balanza
Los excesivos gastos y subsidios;
En el alma sintiendo la ordenanza
De las varias escoltas y presidios,
Porque quisieras tú en un solo día
Por armas decidir esta porfia.

Usando pues así, en las ocasiones
Del tiempo, del ingenio y del cuidado,
La fama divulgó en claros pregones
La virtud de aquel pecho señalado:
Ya el uno se le da de los bastones
Que en la casa real son cuatro un grado,
Y á título de conde de su villa,
Que llaman de Barajas en Castilla;

Ya atendiendo á sus partes y prudencia,
Usar le mandan el mayor oficio,
Para que goce de la precedencia
De los que fué colega en su ejercicio,
Con la importante y alta presidencia
Que es de limpias noblezas solo el quicio,
Estrecha puerta y religiosa llave,
Digna grandeza de varón tan grave.

Mas todo lo ya dicho no es un cero
Con lo que se dirá puesto en balanza,
Pues apenas se ha visto caballero
De quien hiciese rey tal confianza;
Porque regir el orbe todo entero
¿Qué tiene que hacer con la privanza
Destar debajo del cesáreo techo,
Custodia fidelísima del hecho?

Y haber desde el confín del lusitano
Nuestro monarca, gloria de la gente,
El mayor lauro da dote en la mano
Y el supremo lugar de confidente;
Dios al santo varón fiel y anciano
De la Virgen y el Hijo omnipotente
En guarda puso, y á tí el rey del suelo
De sus hijos, su bien y su consuelo.

Salen de madre los crecidos rios,
Y lleva su corriente caudalosa
Tras si ganados y árboles sombríos,
Vuelto el cristal en agua cenagosa;
Solo el Nilo creciendo, oficios pios
Hace en la egipcia tierra calurosa,
Pues que todas las veces que la inunda
La hace ser mas fértil y fecunda.

Tales soberbios suelen y hinchados
Ser los mas favoritos poderosos,
A sus provechos solos inclinados,
Y á todo lo demás infrutuosos;
Mas deste gran varón los extremados
Efetos tales son de milagrosos,
Que muestran su poder por otro estilo,
A imitación del abundoso Nilo.

Al fin á su piedad y alma sencilla
La majestad católica propicia,
Le hizo presidente de Castilla
Y oráculo supremo en la justicia;
Desde donde gobierna la alta silla
De suerte, que la invidia y la malicia
No hallan qué oponelle, y espantadas,
Están junto á sus piés arrodilladas.

Alégrate, Madrid, y vive ufano,
Pues produjiste á España este tesoro,
Y tú, Córdoba, el premio soberano
Puedes solemnizar con buen decoro,
Que si fué mina el pueblo cortesano,
Tú crisol verdadero de su oro,
Piedra de toque donde el regio Acates
Dejó clara impresion de sus quilates.

Así que, si nació en su propia tierra,
En la nuestra le vimos renacido;
No haga pues el tiempo jamás guerra
Buen donde, á tus loores con olvido;
Que quien por obras gloria tal encierra
Como de buena guerra has adquerido,
Merece que su fama eternamente
Engendre admiracion de gente en gente.